

El calendario como ilusión por Pepo Toledo

1/01/26

Creemos domesticar al tiempo colgándolo de un clavo:
arrancamos una hoja, estrenamos otra,
y en ese gesto mínimo fingimos dominio.
El calendario es un espejo de nuestra fragilidad,
una liturgia para no mirar de frente a la finitud.

El tiempo no obedece fechas ni celebraciones.
No comienza en enero ni muere en diciembre.
Corre sin testigos, sin memoria y sin propósito,
como un río que ignora los puentes que levantamos
para convencernos de que lo cruzamos.

Medir el tiempo no es entenderlo,
es apenas contar latidos para no olvidar que somos mortales.
La eternidad, en cambio, no se deja atrapar por números:
no se suma, no se resta, no se inaugura.

Quizá no sea el tiempo el que es eterno,
sino nuestra incapacidad de pensarla fuera de nosotros.
Tal vez la eternidad no sea una duración infinita,
sino la ausencia misma de medida,
el silencio donde el reloj deja de hacer preguntas.

Y así, mientras cambiamos calendarios,
el tiempo —indiferente, intacto—
sigue siendo lo que siempre fue:
no nuestro enemigo ni nuestro aliado,
sino el escenario donde aprendemos, tarde,
que lo único que verdaderamente pasa
somos nosotros.